

El triunfo de los sencillos



Kenshinkan dōjō

Me gustan los Museos Etnográficos; uno mismo, con su sola presencia, puede rendir homenaje a todos aquellos elementos que han supuesto el día a día de hombres y mujeres capaces de construir su existencia en compañía de semejantes útiles.

Uno de estos Museos está situado en Olivenza, a veinticuatro kilómetros de Badajoz y lo visito de tiempo en tiempo. Es siempre un placer volver a descansar la mirada en azadas, moliendas y arados, pupitres, borradores y pizarras, brochas y navajas de afeitar, patrones, agujas e hilanderas, juegos de mesa y de calle, prensas de aceite, escopetas de caza, cocinas de leña, tinajas, etc.

Cuando paseo entre las vitrinas, observo en silencio, advirtiendo cómo los demás visitantes se detienen, comentan y respetan aquellos viejos testigos de vidas ya transcurridas, de formas de entender el tiempo, los quehaceres, la labor y, al hacerlo, no hago más que constatar el triunfo de la Cultura Popular frente al olvido.

El Kobujutsu de Japón sostiene un estandarte de caballería, nobleza y señorío que no es otro que la espada, acompañada por el arco, la alabarda y la lanza. La historia nos ha transmitido una imagen del caballero medieval japonés asociado a una élite social. Esta imagen es una representación más de la gran Cultura, de la Cultura de clase, de la Cultura refinada; una Cultura perfectamente valorada, dentro y fuera del país.

Por el contrario, el Kobujutsu de Okinawa mantiene un perfil bajo, humilde, sencillo, llano y discreto, pues está asociado a las gentes del pueblo: labriegos, pescadores, campesinos. Además, su material de trabajo lo configuran herramientas de manufactura artesanal, construidas con elementos naturales, de escaso valor comercial, poco estéticas, y cercanas a las tareas domésticas.

De igual forma, cuando observo los rostros de los viejos kobudokas de Okinawa, los encuentro cuarteados, crujidos por las dificultades de la vida, mostrando cicatrices por tiempos de carencias. Sus vidas las supongo, ocasionalmente, tristes, desprotegidas ante la historia, solas, desamparadas. Con esa sensación de fondo, los miro, acompañados, siempre, de sus humildes herramientas, dispuestas para el uso cotidiano: unos utensilios con los que subsistieron, se ganaron el sustento, roturaron campos, cazaron o pescaron; útiles sencillos, tales como: tonfas, nunchakus, sais, ekkus, bo, kamas, tambos, nuntes, timbes, etc.

Después, cuando los sitúo en el espacio-tiempo de la historia, ubicándolos, cien, doscientos o trescientos años atrás, siento que, también a ellos, el devenir les ha hecho Justicia, que la cultura de la que forman parte ha terminado traspasando todas las fronteras, siendo, finalmente, reconocida. Siento, además, que su humilde día a día se ha convertido en el día a día de millones de personas de todo el mundo, gentes, todas ellas, que dan valor a aquella que fue su cotidianeidad, practicando en la actualidad el Arte del Kobujutsu.

Hoy, recorriendo con la mirada las viejas fotografías de granjeros, campesinos y labriegos de Okinawa, les veía, finalmente: orgullosos, valorados, comprendidos, triunfadores y rescatados del olvido.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô